

el camino que él me indicaba, y entonces fué cuando me dió un golpe violento que me hizo rodar por tierra y del cual llevo aún las señales.—Hé aquí lo que me pasó.

P.—¿Con qué os pegó?

R.—No puedo decir si fué con un baston, con el cual picaba en el suelo cuando estábamos sentados en el café del Palacio.

P.—Os dió un golpe muy violento que os hizo rodar por tierra.

R.—Sí, y tanto mas fácilmente en cuanto no tenia la solidez que tengo hoy día.

P.—¿Gritasteis cuando disteis la caída?

R.—Sí, señor Presidente; pero no sé lo que dije al gritar.

P.—¿Qué pensasteis al recibir el golpe?

R.—Pensé que me habian asesinado, que era ese miserable quien me daba un segundo golpe.

P.—Armand dice que os lo disteis vos mismo.

R.—Eso no me maravilla, desde el momento que dijo que yo me habia asesinado, bien podia decir tambien lo otro. Yo pensé que era ese miserable, el cual me hacia asesinar. Parece que mi presencia le incomoda. Estoy aquí para decir la verdad, la pura y franca verdad; no soy tan cobarde que me haga daño á mi mismo; esto aparte de que ya tenia bastante mal encima de mí.

P.—¿Habeis estado mucho tiempo enfermo de resultados del golpe?

R.—Esos señores lo dirán; aún lo estoy bastante.

P.—¿Qué pensais hacer en el porvenir?

R.—Lo que mis fuerzas me permitirán que haga. Si puedo volver á servir, serviré; solo os pido que observeis esto: tengo serias señales en los brazos y en los costados, en la cabeza y en las piernas. Uno de mis brazos está atrofiado, el nervio está cortado; no tengo fuerza alguna, lo que tengo son cicatrices muy marcadas en todos los lados de mi cuerpo.

P.—¿Son las cicatrices de las quemaduras que os hicieron?

R.—No podré decirlo, pero despues de lo que me han explicado yo fui hervido.

P.—¿No sentisteis nada cuando os hirvieron y por consecuencia no gritasteis?

R.—Esos señores lo dirán mejor que yo; en

aquellos momentos yo no estaba seguro de mí.

P.—¿Cuando estabais en cama y os quemaban de ese modo por qué no hablabais?

R.—No podia; si hubiese podido lo hubiera hecho con el mayor gusto. Me esforcé cinco ó seis veces en el hospital, pero no pude, al fin pronuncié algunas palabras y poco á poco pude hablar.

P.—Armand pretendé que representabais una comedia.

R.—Que diga lo que quiera, ¡el sí que representará una famosa! yo no soy hombre para representar comedias: ¡bien léjos de eso!

P.—Vos podiais hablar supuesto que haciais un cálculo.

R.—Si yo hubiese podido hablar lo hubiese hecho como ahora.

P.—Segun parece, cuando fuisteis llevado al hospital estabais perfectamente bien; os sentiais restablecido y representabais una comedia.

R.—Tenia valor antes de ese suceso, mis piernas me sostenian; pero desde el punto que me asesinaron fué imposible para mí, no tenia fuerzas; en aquella época estaba mucho mas enfermo que ahora.

P.—¿Estuvisteis mas tiempo en el hospital porque los médicos se apiadaron de vuestra suerte?

R.—Desgraciadamente; si hubiese estado unos cuantos dias más, no sé si estaria vivo. He estado muy mal cuidado en el hospital.

El señor Lachaud.—Hé aquí su reconocimiento:

Mauricio Roux.—El señor profesor Dupré que me cuidó cometió muchas injusticias conmigo. Cuando se acercaba á mi cama me movia de una manera original. La segunda vez que tomé un caldo, me senté en un sillón y el señor Dupré me dijo, cogiéndome por el brazo donde tenia una costra muy grande: «¿Cómo vá eso?—No estoy peor.» Cogiéndome así hizo que me saltase la sangre del brazo como de una fuente: los dos agentes de policia fueron testigos: hé aquí porque dije que fui maltratado.

P.—¿No estabais contento del tratamiento porque continuaban vuestros sufrimientos?

R.—Se me maltrataba, pues desde el momento en que se pregunta á un hombre: «¿Cómo vá?» y se le hace saltar la sangre de su brazo, no se puede decir que sea bien tratado.

P.—No podemos admitir que fueseis maltratado en el hospital.

El señor Julio Favre.—Es preciso recoger esas confesiones para juzgar lo que vale ese hombre.

El señor Lachaud.—Y el estado de su espíritu; ese hombre está loco.

Mauricio Roux.—Tengo pruebas de lo que he dicho.

El señor primer Presidente.—¿Sois tal vez un poco novelesco?

R.—Ni mas ni menos que los demás criados.

P.—Hay algunos que lo son. ¿Leeis con frecuencia?

R.—Como todas las personas de mi clase. Tenia libros y algunas veces en lugar de ir al café leia.

P.—Que leiais.

R.—Si fuese necesario decir todo lo que he leído.... ¡caramba! no me acuerdo bien de todo.

P.—Con preferencia leiais novelas.

R.—Si fuese necesario que os explicase lo que es una novela no sabria como explicarme.

P.—¿Tal vez leyendo novelas habreis encontrado el ejemplo de criados que se quejaron de haber recibido malos tratamientos de la parte de sus amos, á fin de obtener de ellos dinero?

R.—No soy de esos hombres; yo leeré lo que haya de mas malo en el mundo, que no me hará ningun daño; no diré que á otro no se lo haga, pero en cuanto á mí tengo demasiado honor para eso aunque sea tan solo un criado. No tendria valor para hacer daño á nadie; léjos de eso se me toma con frecuencia para hacérmelo.

El señor Lachaud.—¿Señor Presidente, me hariais el obsequio de preguntar al testigo si ha leído las «Memorias de un expósito?»

R.—Yo no podria saberlo; enseñadme ese libro. Mientras Armand estaba en París la cocinera me prestó un libro. Si es ese de que se me habla en seguida lo reconoceré (se pasó el libro á Mauricio Roux el cual examina).

Mauricio Roux.—No he leído esta cubierta. (Risas.) Las obras que se me han prestado aunque tenian los mismos títulos que ésta no tenian la misma encuadernación.

El señor Lachaud.—Parece que la encuaderna-

ción no era la misma; ¡no ha leído la encuadernación!

Mauricio Roux.—Direis cuanto querais sobre si yo he leído ese libro, pero siempre constará que no tenia la misma encuadernación.

El señor primer Presidente.—¿Pero en fin, habeis leído ó no esta obra?

R.—No me acuerdo bien; es probable, pero la encuadernación era diferente.

P.—¿Qué hayais leído esta obra ó que hayais leído otra, es cierto que habeis sacado de esas lecturas la idea de la especulación que intentabais?

R.—Si yo lo hubiese leído y hubiese visto estas cosas, no soy hombre para que me hagan daño, léjos de eso.

P.—¡Haceros daño! no teneis que pedir cuentas sino á vos mismo ¡pero hacer mal á otro!

R.—Es lo que él merece que yo le cause, un mal.

P.—Acusarle falsamente.

R.—De ningun modo; yo no le acuso falsamente.

P.—¿A que hora os pegó?

R.—A cosa de las ocho.

P.—¿Cómo lo sabeis?

R.—Lo sé por el servicio prestado hasta esa hora.

P.—Pero siempre queda esto: el saber por qué os asesinó Armand.

R.—Yo mismo no me lo puedo explicar, pero es sensible haber de sufrir las consecuencias que yo he sufrido.

P.—Sin duda que es sensible para vos, pero si mentis las mereciais. Vamos Roux, aún es tiempo, yo os conjuro para que digais la verdad; es una manera honrosa de salir del mal camino en que os habeis colocado: retractaos si no habeis dicho la verdad.

R.—He dicho perfectamente la verdad.

P.—Si adquirimos la convicción de que mentis, tengo el derecho de haceros prender en seguida, de enviaros á una cárcel y de haceros juzgar en seguida.

R.—Si creéis que yo soy el autor hacédme prender acto continuo, yo no soy hombre para decir una cosa diferente de lo que es.

P.—Vuesiro amo ha podido ser violento.

R.—Sí.

P.—... Arrebatado, hasta brutal si se quiere, pero en fin, es un hombre que no tiene la costumbre de asesinar.

R.—No puedo decir yo lo mismo por esperiencia propia, bien me ha asesinado á mí.

P.—Hélo aquí, tambien él afirma enérgicamente.

R.—Yo afirmaré mas que él, tanto más en cuanto yo estoy en mi pleno derecho y él no lo está.

P.—El afirma mas terminantemente que vos. Dice que sois un miserable que habeis inventado todo eso.

R.—Yo sí que puedo tratarle de miserable, él no tiene semejante derecho. Yo sé cuanto tengo que repreharme; si he hecho locuras eso no atañe á nadie sino á mí, pero yo no he cometido un crimen, cosa que sería imposible para mí: sobre todo no soy tan cobarde que me haga daño á mí mismo. Tengo bastante valor y maña para saber ganarme la vida.

P.—Es preciso pronunciarse por uno de los dos. ¿A quién quereis que se crea?

R.—Lo dejo á vuestra generosidad. (Vivos rumores.)

P.—El uno dice sí y el otro dice no.

R.—Despues de haber oido á los testigos bien debéis saber lo que pasó.

P.—Os dejo tiempo para reflexionar, os conjuro para que digais la verdad.

R.—He dicho la verdad completa, la afirmaré toda mi vida entera: ese miserable fué el que me asesinó; le acuso porque le ví perfectamente.

El señor Lachaud.—¿Qué ibais á hacer en casa del señor Bertran, abogado, la víspera de los debates?

Mauricio Roux.—Iba á verle para preguntarle si me presentaría como parte civil ó no en la causa.

El señor Lachaud.—Era lo que yo queria que dijeseis.

Mauricio Roux.—¿Qué quereis decir?

El señor Lachaud.—Nada, absolutamente nada.

Mauricio Roux.—Sea enhorabuena.

El señor primer Presidente.—¿Si formais parte civil es con la intencion de pedir dinero?

R.—Creeo estar en mi derecho, sobre todo en la posicion en que yo me encuentro. (Rumores.)

El señor primer Presidente.—Sí, dice la verdad, está perfectamente en su derecho, y suponiendo que el acusado le ha puesto en estado de no poder trabajar, su demanda sería natural.

P.—Mirad á Armand.

R.—Le veo muy bien (dirigiéndose al acusado), aquí estoy; debéis reconocerme, yo os reconozco á vos muy bien.

Armand.—¡Miserable!

Mauricio Roux.—¡Vos lo sois y no yo! yo vuelvo á jurar delante de Dios, del Tribunal y de todo el mundo que él fué el que me asesinó.

Armand.—¡Hé aquí vuestra obra; me habeis hecho sufrir ocho meses de prision, habeis causado un hondo pesar á una familia respetable, miserable, tu-nante!

Mauricio Roux.—¡Ser insultado por un hombre como vos!

Armand.—¡Habeis engañado á la justicia, habeis mentido!

Mauricio Roux.—¡Podrá ser honrada vuestra familia, pero vos no lo sois!

El señor procurador general.—Señores jurados, retened esta última frase: «vuestra familia podrá ser honrada, pero no vos.»

Armand.—¡Un hombre que hace cometer un infanticidio, que simula un estrangulamiento no podrá ser nunca un hombre honrado!

El señor primer Presidente.—Todos mis esfuerzos se dirigen á que quede bien determinada la verdad.

El señor Lachaud.—Lo hemos comprendido tan bien que hemos hecho citar á Filomena Dessert, que está en presidio, y pedimos al Tribunal que permita que venga esa mujer á decirnos quien es ese hombre, y cuando ella haya explicado su delito, ella dirá quien fué la causa.

Mauricio Roux.—No deseo otra cosa sino que venga esa mujer para que diga la verdad.

El señor primer Presidente.—Es preciso no desnaturalizar el debate; no puede hablarse de infanticidio sino con relacion á lo que dice el testigo al principio de su declaracion.

El señor Lachaud.—Si me lo permitís diré que esta frase basta para juzgar al testigo. Esa mujer con la cual ha mantenido relaciones, tuvo un hijo de él;

ella le mató, y por este crimen fué condenada. De tal modo está pervertido el sentido moral en ese hombre, que hablaba de este asunto con la cocinera como si se tratase de la cosa mas insignificante del mundo! y cuando cree haber sido sorprendido en su confianza, trata de hacer caer la responsabilidad del crimen que él comete.

Mauricio Roux.—No soy tan cobarde que pueda hacer eso.

El señor Lachaud.—Voy á explicarme. No hablo de la responsabilidad del delito; pero digo que se le imputó á Armand cuando dijo: «pudo pensar, oyendo detrás de las puertas, que yo hablaba de infanticidio, y como él tenía algo parecido que echarse en cara, esta fué la razon de por qué me asesinó!»

El señor primer Presidente.—Cuando yo le pregunté cual era en su pensamiento la causa posible del acto de que culpaba á Armand, respondió: «Cuando yo buscaba una razon, yo no encontraba otra que esa del infanticidio.»

Es sabido que se esparcieron rumores en el público sobre que debía existir un delito cometido en comun entre Armand y su criado, y que el haberle ahogado no fué por otra cosa sino para evitar sus revelaciones.

El señor Lachaud.—Precisamente, porque llegaron los rumores mas impuros hasta los piés de la justicia, fué por lo que se mandó se inhibiera al tribunal de Montpellier. Aquí estamos fuera de aquella atmósfera y la verdad se ha revelado.

El señor primer Presidente.—Y la verdad se revelará.

Mauricio Roux.—No deseo otra cosa sino que Armand diga la verdad como yo estoy dispuesto á decirla.

Un jurado.—Pido que el testigo sea preguntado sobre la conversacion que tuvo el dia 6 en la cocina.

El señor primer Presidente.—¿Preguntasteis á la camarera si ella habia dicho que la casa de Armand era la de un pelgar?

R.—Cuando yo entré en el comedor este hablaba á su mujer. Oí pronunciar la palabra *pelgar*, y despues de la riña que habíamos tenido, oí que decía á su mujer: «me vengaré, me vengaré!»

El señor procurador general.—¿Qué dijisteis al volver á la cocina?

R.—Dije: «¿quién ha dicho que esta casa es la de un pelgar? (la camarera lo decía con mucha frecuencia) está furioso!»

Un jurado.—Deseo se pregunté al testigo cómo puede explicar que, encontrándose de cara á su agresor recibiese el golpe en la parte posterior.

Mauricio Roux.—En el momento en que pronunció la frase que antes he dicho, me volví hácia él.

P.—¿Cómo recibisteis entonces el golpe por detrás?

R.—Fué al volverme.

P.—Segun lo que decís recibisteis el golpe por el lado opuesto á aquel en que se encontraba Armand.

El señor primer presidente.—Examinad el plano del lugar donde ocurrió el hecho para que os acordéis. Procurad hacer comprender de una manera exacta como estabais colocado cuando entró Armand, cómo le visteis y cómo os pegó. ¿Para verlo de frente era necesario que os volviéseis?

Un jurado.—¿Está probado dónde y como estaba la leña y el carbon?

El señor primer Presidente.—A la izquierda, al entrar.

El señor Lachaud.—La puerta está á la izquierda y le pegaron á la derecha.

El señor primer Presidente.—Invito á los señores jurados y á uno de los defensores, á que se acerquen á donde se encuentra el tribunal, para examinar con el plano á la vista, la posicion en que se encontraba Mauricio Roux.

(Se procede á este exámen, que dura bastante tiempo.)

El señor Lisbonne.—Pregunto al testigo si es cierto que dijo á María Hauterive el dia 7 á cosa de las ocho y media de la mañana, que iba á la cuadra.

Mauricio Roux.—Es posible que lo dijese; pero la prueba de que no fui, es que se me encontró asesinado en el subterráneo.

El señor Lisbonne.—Tengo especial empeño en que quede consignado que Mauricio Roux negó en la informacion que dijese á María Hauterive que iba á la cuadra.

El señor primer Presidente.—En virtud de mi poder discrecional, os autorizo para leer esta parte de la informacion.

El señor *Lisbonne*, leyendo.—«No creo haber dicho que iba á la cuadra, la camarera se equivoca,» trátase de saber si dijo ó no dijo que iba á la cuadra.

Mauricio Roux.—No puedo afirmarlo; pero es posible que lo dijera.

El señor *Lisbonne*.—Pregúntese también al testigo si había obtenido para él entradas gratis en el teatro de Montpellier?

R.—Sí.

P.—¿Quién las obtuvo?

R.—No podría decirlo.

El señor *Lisbonne*.—¿Fué el comisario central?

R.—No lo puedo afirmar.

El señor *Lachaud*.—Se le dan las entradas al dichoso cochero! sin saber quien se las da, se le lleva al teatro; juzgad por esto la importancia que debe haberse atribuido!

El señor primer Presidente, á *Mauricio Roux*.—Se os pregunta: ¿por quien supisteis que se os concedía entrada gratis en el teatro?

R.—Por un agente de policía.

El señor *Lisbonne*.—No tengo mas que preguntar.

El señor procurador general.—¿Qué consecuencia se pretende deducir de esto?

El señor *Lisbonne*.—Es un hecho y bastante significativo.

El señor primer Presidente.—¿En qué época se os facilitó la entrada?

El señor *Lisbonne*.—Desde que anduvo por Montpellier convaleciente.

Mauricio Roux.—Fuí dos veces.

El señor primer Presidente.—Confieso que estoy buscando la trascendencia de ese hecho, y solo veo que la policía ha demostrado interés por este hombre.

El señor *Lachaud*.—En las cosas útiles y agradables.

Mauricio Roux.—Yo lo merezco, señores.

El señor primer Presidente.—¿No os concedería la entrada el director con intencion de llamar al público á su teatro? Cuando un hombre llega á ser célebre por una razon ó por otra, procuran los empresarios exhibirlo en su teatro con el objeto de lograr mayor entrada.

El señor *Lachaud*.—A este hombre que comete un delito por avaricia (se puede suponer despues de

hallarse envuelto en un proceso de infanticidio), ó este dichoso y feliz personaje se le lleva al teatro!

El señor primer Presidente.—El hecho se ha repetido dos veces, y trato de sacar las consecuencias.

El señor procurador general.—Oiremos al comisario central, y en el curso de su declaracion le preguntaremos sobre las circunstancias con las cuales hizo obtener para *Mauricio Roux* este favor.

El señor *Lachaud*.—Está adivinado. No es necesario para eso que se pregunte al comisario central.

El señor *Julio Favre*, (volviendo sobre el punto de las diferentes bajadas de *Roux* al subterráneo).—La cocinera ha dicho que no había pedido sarmientos.

El señor primer Presidente.—Me parece que os equivocais, defensor.

El señor *Lachaud*.—El señor Presidente tiene razon; solo en el segundo viaje subió el testigo sarmientos y leña, y la cocinera vió que había comprendido su peticion, y quedó satisfecha. El testigo pretende que bajó una tercera vez, porque el segundo viaje no había sido suficiente. Es preciso explicar bien ese tercer viaje.

El señor primer Presidente.—*Mauricio Roux* ha dado ya todas sus explicaciones sobre los tres viajes al subterráneo.

Cuando la cocinera declaró y se trataba de saber si había pedido sarmientos ó leña, dijo que comprendía ambas cosas en la misma peticion.

Un jurado.—Me permitiré preguntar, ¿para qué habían de servir los troncos grandes de leña en el mes de Julio?

Mauricio Roux.—Probablemente para hacer fuego. La cocinera me dijo que subiera grandes pedazos, no quise oponer dificultades. Bajé al subterráneo por tercera vez para dejarla contenta, y entonces fué cuando el suceso tuvo lugar.

El señor procurador general.—Tengo que hacer una pregunta á *Mauricio Roux*. ¿Podrá decirme si la sensacion que experimentó parecida á aquella de haber apoyado contra su pecho una rodilla, la experimentó, repito, despues de haber sido tirado por tierra?

R.—Me sentí caer al suelo; ese hombre se precipitó sobre mí de una manera violenta, y sentí un dolor en el pecho que aún me hace sufrir cuando toso.

P.—Habeis dicho eso; ¿pero os es posible expli-

car si esa sensacion la experimentasteis al caer en el suelo? ¿podeis darnos cuenta de ella?

R.—No puedo decirlo.

P.—En vuestra declaracion dijisteis que os acordabais de que en cierto momento habiais experimentado una sensacion como si una rodilla se apoyara contra vuestro pecho.

R.—Nunca había experimentado dolor alguno, pero desde aquel momento he arrojado sangre, y todavía la arrojo cuando toso.

Un jurado.—¿Cuando fué atacado el testigo no vió venir el golpe? ¿No trató de resistir el ataque de que era victima?

R.—Hice un movimiento para defenderme; pero no tuve tiempo. Fuí derribado acto continuo.

El señor *Lisbonne*.—Pediré al señor Presidente se sirva ordenar la lectura del último interrogatorio de *Roux*.

El señor primer Presidente.—¿Qué parte deseais que se lea?

El señor *Lisbonne*.—La parte de interrogatorio en la que respondiendo á una pregunta formulada por el señor juez de instruccion, dice así: «la vista de mi amo, las palabras que acabara de pronunciar, me llenaron de asombro y me privaron de hacer movimiento alguno.»

El señor procurador general.—Hé aquí el pasaje; pero para comprender la respuesta, es preciso leer la pregunta que precede. Está concebida así:

«En el primer proceso verbal que instruí, pude comprender por vuestros signos que el golpe había sido recibido por detrás y os hizo perder el conocimiento; hoy declarais que estuvisteis aturdido.»

R.—El golpe que yo recibí, el terror que experimenté con la presencia de mi amo, que sin ruido alguno me había dicho estas palabras pronunciadas con cólera, me dejaron sin fuerza ni movimiento. Permanecí así un tiempo que no puedo precisar antes de recobrar la inteligencia; no ví como se me ataba; cuando me desperté fué cuando me di cuenta del estado en que se me había puesto.»

El señor primer presidente.—¿Se encuentra en la sala el testigo *Surdum*? que se acerque.

(El testigo *Surdum* avanza hasta el pié del tribunal.)

TOMO II.

P.—Fijad el punto en que se encontraba la escoriacion que notasteis.

R.—En el saliente de la nuca (el testigo enseña en *Mauricio Roux* la parte de la cabeza que acaba de indicar).

El señor primer Presidente.—*Roux*; poneos de rodillas y mostrad como os pegaron. (*Mauricio Roux* esplica de nuevo como recibió el golpe por detrás.)

El testigo *Surdum*.—Esto me parece bastante extraordinario.

El señor *Lachaud*.—Los señores jurados lo oyen; el testigo dice que esto le parece bastante extraordinario y ha-ta desprovisto de verosimilitud.

El señor primer Presidente á *Mauricio Roux*.—¿Cuando el acusado os pegó estaba cerca de vos?

R.—Sí, señor Presidente.

El testigo *Surdum*.—Entonces será posible.

Armand.—¿Querrá el testigo, con el permiso del señor Presidente, tratar de acordarse despues del conocimiento que tiene de los lugares, si es posible que un golpe de baston pueda darse de cerca? ¿Estando la puerta al lado del muro había sitio suficiente para aquello?

El testigo *Surdum*.—Eso depende de la manera como el golpe se diese, si el agresor estaba delante ó detrás.

El señor primer Presidente.—Lo que queda establecido es esto: «Si el hombre estaba arrodillado y el agresor estaba cerca, el golpe pudo ser dado allí donde vos creeis reconocer la señal.»

El testigo *Surdum*.—Reconozco la señal, aún existe. No la había visto desde el dia siguiente del suceso.

Armand.—*Mauricio* ha dicho diferentes veces que yo estaba contra el muro, y porque él se volvió fué por lo que se encontró de cara á mi.

El señor primer Presidente.—Testigo, sentaos.

Ana Poutet, por nupcias *Bourguet*, cocinera en *Alais*, declara que pasando á Montpellier fué á preguntar por *Mauricio Roux* en casa del señor *Armand*, para cumplir un encargo que le había hecho *Luisa Abraham*. No habiéndole encontrado en la cuadra en donde le dijeron que se le podría ver, tomó otra vez el ferro-carril.

El señor primer Presidente.—¿Qué hora era cuando fuisteis á casa del señor *Armand*?

R.—Cerca de las diez menos cuarto.

P.—¿No sabeis lo que por un momento se ha sospechado? que habiais ido á Montpellier para asesinar á Mauricio Roux.

R.—¡Pero si yo no lo conocia!

El señor primer Presidente.—¿Luego no fuisteis para eso á Montpellier?

R.—De ningun modo.

El señor Lachaud.—Pregunta que habia ido á hacer la testigo á Montpellier.

Ana Poutet, dice que habia ido con la intencion de ir á Cette á tomar los baños de mar, pero que habiendo sabido que los baños estaban cerrados, se volvió marchar en seguida.

El defensor desea una razon mas séria, pues, segun dice, he aquí una mujer que hace un viaje muy costoso para saber una cosa en Montpellier, que podia muy bien haberlo sabido en Alais. En cuanto al encargo no la dá importancia alguna, pues llegada á las siete de la mañana á Montpellier se volvió á marchar en seguida sin haber visto á Mauricio Roux.

El señor primer Presidente.—Testigo ¿como os dió ese encargo la jóven Abraham?

R.—Le dije que iba á Nimes y á Montpellier, y entonces ella me dijo: «Si vais á Montpellier os daré la direccion de Roux y le preguntareis si quiere acabar su matrimonio conmigo, y le direis que me escriba.» En la posada á donde fuí á parar fué donde me dijeron que los baños de mar no estaban abiertos.

El señor Lisbonne.—¿En dónde habitabais?

R.—Delante del boulevard.

El señor Lisbonne.—¿En casa de quién? Esto es lo que no ha habido medio de saber ni aún por medio de la policia.

Armand.—Se fué á preguntar al comisario central de policia, se le suplicó que buscara noticias: todo fué en vano...

El señor primer Presidente.—¿Qué suponeis?

Armand.—Os lo diré... pero veo que contrario á mis defensores... me calle.

El señor Julio Favre.—Reivindica para el acusado y sus defensores la libertad de callarse.

El señor primer Presidente.—Mi pregunta es del todo natural y no ha sido hecha para confundir al

acusado, deseaba saber que era lo que suponía.

Armand.—Tendré un gran placer en deciroslo; explica que en las largas horas en que habia podido reflexionar sobre todo lo que le habia pasado, se le ocurrió la idea de que aquella mujer era un cómplice que Roux se preparaba, y que tan solo habia ido á Montpellier para poder servir de testigo y poder declarar que ella le habia visto á las nueve bajar al subterráneo ó subir.

Notareis, continúa *Armand,* que la testigo en su declaracion se guarda muy bien de decir á las nueve; dice á las diez; pues bien, tres testigos hay que dicen que fué á las nueve.

La cuadra y la cochera se encuentran á un minuto de la casa. Ella no encontró á Roux y no volvió á la casa, se marcha y se vá á Rognac: habia pedido tres dias á su amo para ir á Nimes, añadiendo que tal vez iria á Montpellier. Es evidente que no se paró y detuvo en Montpellier; dijo que no habia vuelto porque la hora de la marcha le apremiaba ya que el tren partía á las once, y sin embargo, el tren no pasa por Montpellier sino á las once y cincuenta y cinco ó doce y cinco minutos. Añádase que esto lo decia á las nueve de la mañana.

Tenemos, pues, que vá expresamente á ver á Mauricio Roux y se vá sin verle; su amo la espera en Alais y se vá á Rognac, y no ha oido ni una palabra del proceso Roux-Armand hasta el dia que se le cita como testigo con fecha 21 Setiembre.

El señor primer Presidente á la testigo.—¿Fuisteis á Montpellier para servir de cómplice á Roux como se pretende?

R.—No, señor; yo no conocia á Roux.

El señor Lisbonne.—En la primera declaracion no dijo que fuese porque iba á tomar baños, y no dijo tampoco que no conociese á Roux. Dijo esto: «no sé si le reconoceria; se me ha dicho que se habia cortado la barba.»

La testigo interpelada declara que solo habia visto á Roux una vez en su vida en casa del señor Dupleus en Alais.

Armand.—Aún hay una cosa que me ha llamado mucho la atencion. Vuelve esta mujer á Alais. Allí habia órdenes para no interrogarla. Se la conduce á Montpellier y allí declara por la vez primera que iba

acompañada de uno llamado Sabatier, que tambien era de Alais, el cual la aguardaba al otro lado del boulevard.

Estos dos personajes que no pueden indicar en donde estuvieron hospedados en Montpellier, vuelven á esta ciudad la misma vispera del dia en que debian abrirse los Assises y en la noche del segundo atentado; y, cosa graciosa, dice el señor *Armand,* no fueron inquietados para nada ni nadie les interrogó por mas que puse en conocimiento del juez de instrucion mis sospechas y observaciones; y esto precisamente cuando gran parte de los individuos de mi familia debian ser sujetos á multitud de interrogatorios y ser confrontados con Roux. La primera vez que fueron citados supimos que no se les habia enviado la citacion. Se fué á ver al señor procurador general, y nos dijo: «¡no se le ha encontrado, tanto peor!»

El señor Lisbonne á la testigo.—¿Qué iba á hacer Sabatier en Montpellier?

R.—Iba á buscar trabajo....

El señor Lisbonne.—.... Y se marcha al dia siguiente á las once sin haberlo pedido á nadie. ¿A qué hora llegaron la testigo y Sabatier el 17 de Noviembre por la noche, la vispera del dia en que se abrian los debates en Montpellier?

R.—A las diez y media de la noche.

El señor Lisbonne.—¿En dónde se hospedaron?

R.—En la misma posada; hay en ella un estanco, es cerca del boulevard, delante del camino de hierro.

El señor Lisbonne.—En el boulevard, delante de la estacion, lo que hay es una plaza.

Sabatier (Augusto), albañil en Alais, encontró á Ana Poutet en Nimes; la acompañó á Montpellier á donde fué para buscar trabajo. Esperó mientras se informaba de Mauricio Roux y se marchó con ella á Rognac, de donde habia salido. Interpelado por la defensa, el testigo no puede decir á quien se dirigió para pedir trabajo; no se quedó en Montpellier porque el jornal no era bastante subido.

El señor Lisbonne.—No hay país en donde los jornales sean tan elevados.

El señor Lachaud al testigo.—¿Conoceis á Ana Poutet desde hace mucho tiempo?

R.—Sí, señor, fuimos vecinos.

El señor Lachaud.—Estas dos personas se dieron cita en Nimes, pues en la instrucion se dice: «fuí á Nimes para encontrarme con la señora Poutet.»

El señor procurador general.—Tienen relaciones; eso no tiene relacion alguna con el asunto que nos ocupa.

El señor Lachaud.—Sin querer insistir en este punto es, sin embargo, una cosa singular el ver esta pareja misteriosa que viaja sin que se sepa por qué ni para qué, que bajan á un lugar desconocido para ellos y esta mujer vá precisamente á ver á Mauricio Roux en una hora en la cual se le asesinaba, para preguntarle si queria casarse con cierta mujer como si para esto se hubiesen despachado embajadores. ¡De todos modos fuerza es convenir en que todo esto el una cosa inexplicable!

El señor procurador general.—Esta mujer no fué á la casa de Armand antes de las nueve y media, tal vez hasta las diez. Segun la acusacion, el crimen fué cometido á las ocho y media; llegaba demasiado tarde.

El señor primer Presidente.—¿Sabeis que se os acusa de ser el cómplice de Roux por medio de la mujer Poutet? Segun la defensa habiais ido á casa del señor Armand para atestiguar que bajó al subterráneo.

R.—Me lo dijeron en Montpellier.

El señor procurador general.—Se ha sospechado que habiais asesinado á Mauricio Roux.

El señor Lachaud.—El señor Armand ha pensado siempre que Roux habia representado una abominable comedia y que debia tener cómplices.

El señor primer Presidente.—Esto constituye una alteracion evidente. En principio, Armand, ha supuesto que el testigo habia ido á Montpellier para organizar el asesinato de Mauricio Roux, en nombre de Luisa Abraham.

La misma noche del dia en que Mauricio Roux fué estrangulado, dijo el mismo Armand: «han venido personas de Alais; tal vez estas lo han asesinado.»

El señor Lachaud.—Teneis razon.

El señor primer Presidente.—En el nuevo sistema de defensa estas gentes fueron tan solo para ser cómplices de la simulacion de Roux. ¿Este sistema de defensa es sério ó no lo es? es preciso obrar de buena fé y la defensa debe escojer.